



Cartas y caretas 6 de agosto 1921

Buenos Aires (R.A.)



VIII

Más de una vez he ponderado en mis escritos la ingenuidad del público que nos lee a los que para él escribimos y del que tú, amigo lector, formas parte. Hay una parte de ese público que es malicioso y socarrón y cazarro, que se está a la defensiva, que se dice que a él no se le va con macanas, pero el resto, lo más de él, suele ser sencillo, confiado e ingenuo. Se entrega al escritor; sobre todo al escritor que se le entrega a él. El público suele ser ingenuo, aunque no con ingenuidad infantil, porque el niño no se preocupa de si se le está o no engañando con tal de que se le divierta. Es más, el niño no sabe lo que es engaño. Para él no hay muro ni seto ni siquiera lindero o frontera entre la vela y el sueño; para él si la vida es sueño, el sueño es vida y váyase lo uno por lo otro.

¡Un
PÚBLICO
de
NIÑOS!



Goethe en aquella admirable autobiografía que es su obra: «De mi vida — Poesía y verdad» (*Aus meinem Leben — Dichtung und Wahrheit*) nos cuenta cómo en un viaje que hizo por las riberas del Rin con Lavater y Basedow tenía que ir dando noticias de su libro «Pasión del joven Werther» que le hizo en poco tiempo famoso. «Tenía que atestiguar — nos dice — la veracidad de la pasión de Werther y el lugar donde vivió Lota, exigencia de que no podía escaparme por ninguna habilidad, y en cambio reunía niños en torno mío para contarles cuentos los más extraordinarios compuestos de los más conocidos objetos y en que gozaba de la gran ventaja de que ninguno de los miembros de mi auditorio me preguntase qué se podía tomar allí por verdad y qué por ficción poética».

¡Un público así, de niños! Y de niños, sobre todo, no echados a perder por la escuela, o mejor dicho, por la pedagogía, por esa horrenda pedagogía que ha hecho del juego un medio y un instrumento y del mito una fábula didáctica y demostrativa, por esa pedagogía que hace preguntar: «¿y esto, que quiere decir?». ¡Un público de niños que acude a que se le llene el tiempo!

Cuando publiqué primero, en una publicación semanal, mi novela «Nada menos que todo un hombre», que figura ahora en el tomo de «Tres novelas ejemplares y un prólogo» recibí, entre otras cartas, una de un grupo de lectores ingenuos, obreros, pero no niños, que me preguntaban si la Julia de mi relato se había o no entregado al conde de Bordaviella. Admiré la ingenuidad de aquellos buenos lectores pero su carta me produjo una gratísima impresión y no dejé de halagarme en mi amor propio de novelista. No así otra en que se me preguntaba qué es lo que me había propuesto al escribir aquella novela y qué lección moral o social — así, social — se había de sacar de ella. ¡Peste de sociología! Y a punto estuve de contestar al autor de esta carta que para él no había allí, que no podía haber, lección alguna, y que sería tiempo perdido el de dárselas.

Más recientemente, cuando he publicado mi otra novela: «La tía Tula», no ha faltado botararte que me ha venido con una larga disertación — también sociológica o cosa así

— para convencerme de que la Gertrudis de mi relato debió de haberse casado con su cuñado Ramiro apenas éste enviudó. A lo que no pude contestarle sino esto: «Resucítete usted a ella y convénzale de ello, por que es a ella y no a mí a quien tiene usted que convencerle».

¡Un público de niños! Pero de niños no estropeados por la pedagogía. O en todo caso un público de salvajes civilizados. ¡Civilizados, sí! Porque los hay. Hay salvajes que han llegado a muy refinada civilidad sin perder el aliento de la selva, la virginidad selvática. Y ejemplo son aquellos de que una vez nos habla Franklin. El cual cuenta que llegó en cierta ocasión un misionero sueco a evangelizar a unos indios de un bosque de la América del Norte, se estuvo una temporada viviendo entre ellos, pagando cuanto consumía, no engañándoles y aprendiendo su lengua, y que, cuando supo lo bastante de ella para darse a entender les reunió y los hizo una exposición de la Historia Sagrada, desde Adán y Eva hasta la muerte de Jesucristo y de los dogmas del cristianismo. Oyéronle los indios con atención y complacencia y al concluir reuniéronse entre sí, deliberaron y luego el orador de la tribu se dirigió a él y le dijo, en nombre de todos, que le estaban reconocidísimos de que mientras los demás blancos no habían ido a ellos sino a explotarlos él hubiera ido a recrearlos con tan graciosos y bonitos cuentos, y de que vista la importancia que, como ellos, daba a esas leyendas que recrean y consuclan el ánimo no podían pagarle sino en la misma moneda. Y aquí el indio le empezó a contar las leyendas cosmogónicas de su tribu, hasta que el sueco, impaciente y creyendo acaso que se querían burlar de él — y no era así — le interrumpió diciendo que todo aquello eran mentiras y lo que él les contó la pura verdad. A lo que el indio le replicó: «¡Ya salió el blanco! ¡Cómo se conoce que no te han enseñado buena educación en tu tierra! Mientras tú nos contaste tus cuentos, nadie te interrumpió ni te dijo si eran verdad o no, ni eso nos importaba pues que nos divertían y nos gustaban, y ahora nos sales tú con eso de que los nuestros son mentiras y los tuyos verdad. Mejor harás en volverte a tu tierra ya que no entiendes de cortesías».

No creemos que le dijera cortesía ya que entre aquellos salvajes no hay propiamente Corte, pero sí que se cuidan de las buenas maneras. Y no sabemos que es lo que haría el pobre misionero sueco.

Hay otros que se creen más refinados que saben de sobra que en la ficción novelesca no hay que buscar semejante verdad como aquella que el misionero sueco quería llevar a los salvajes civilizados, pero andan a vueltas con el realismo y la naturalidad y la verosimilitud y si aquello que se le cuenta está al margen de la vida o dentro de ella. A lo que cabe preguntar: «¿de qué vida?». Por que la de un cartujo, por bien contada que esté, no parecerá vida a unas señoras de sociedad y la de una de estas señoras no les parecerá vida a los cartujos. ¿Y quién tendrá razón?

Miguel de Unamuno

Incluido en "Fugacidades y meditaciones"

[Cartas y Caretas, Buenos Aires (R.A.) 6 - VIII - 1921]



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA